

## El meñique en el Café

Lección 12 del primer tomo del *Tratado de las buenas maneras (Para que no sea usted un cursi ni un hortera)* de Alfonso Ussía, Editorial Planeta, Barcelona, 1999.

Sacarse un moco de las narices delante de la gente es una ordinariéz. También lo es sacárselo a solas, si bien a esto último no podríamos enfrentarnos inflexiblemente sin caer en la más sospechosa hipocresía. Como decía el joven poeta belga Rik van de Loonen en su hermoso y casi desconocido poema *En cuclillas tras el seto*: «Un moco es un moco y quien no se lo quita se vuelve loco». Eso sí, Rik van de Loonen jamás efectuaba la operación en público; lo hacía siguiendo las sabidurías de su inmortal composición, en cuclillas y tras los setos. Y si no había setos, escondido detrás de las cortinas, que es donde mejor y más cómodamente se quitan.

Pero hay movimientos más ordinarios que cosechar mocos de las narices y que sorprendentemente se llevan a cabo en sociedad y sin rubor alguno en sus practicantes asiduos. Uno de ellos, quizá el más significativo, es escayolar el dedo meñique de la mano que eleva la taza de café. Los hay que para intentar mostrarse finos disparan de tal manera su meñique que bien podrían aprovechar la coyuntura cálida de un breve sorbo -nunca sorbido-, para peinarse las cejas. Estirar el dedo meñique de la mano que sujeta la taza de café -siempre la derecha- es síntoma indiscutible de distinción ficticia. La persona que hace tal cosa llama irremediablemente a los almohadones «cojines», a los pitillos «cigarrillos», a los niños «chavales» y a la zona que comprende del esternón a las industrias con ombligo en el medio, «vientre». «Me duele mucho el vientre», dijo en cierta ocasión doña Romualda López Respunte de Pericot en el transcurso de la última fiesta a la que fue invitada a pesar de ser la legítima esposa de don Ernesto de Pericot y Puig Feliu, el «rey de los grifos



pavonados». Una persona a la que le duele el vientre en lugar de dolerle la tripa o el estómago, lo menos que da es muchísimo asco. Y lo dijo, obvio es, al tiempo que bebía su café disparando de manera ostentosa el dedo meñique a fin de resultar acostumbradamente fina.

Cuando el conde Rudolf von der Blauen pretendió, en pleno imperio austro-húngaro, mutilar los dedos meñiques de todos los súbditos que no fueran nobles o pianistas, exageró quizá un poco. Las cosas, por importantes que sean, no hay que tomárselas tan a la tremenda.

Hoy los restos mortales del conde Rudolf von der Baluen Donau yacen bajo un abeto en los jardines de Belvedere, sin más flores que las que el viento, distraída e involuntariamente, lleva hasta su lápida.

Rindamos nuestro homenaje de recuerdo a la memoria de tan gran hombre.

Alfonso Ussía